

El Cuerpo y la Sangre de Cristo. Jesucristo es el único mediador entre Dios y su pueblo. Entrega su vida por nosotros. Nuestra participación en la Eucaristía: pedimos al Señor que nos transforme en “ofrenda permanente” a Dios y a los demás.

- ❖ Cfr. Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo Año B - 14/06/2009. Exodo 24, 3-8; Hebreos 9, 11-15; Marcos 14, 12-16.22-26

1. LA ALIANZA ENTRE DIOS Y SU PUEBLO: A. ANTIGUO Y B. NUEVO TESTAMENTO

Exodo 24,3-8: En aquellos días Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos; y el pueblo contestó a una: -Haremos todo lo que dice el Señor. Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor. Se levantó temprano y edificó un altar en la falda del monte, y doce estelas, por las doce tribus de Israel. Y mandó a algunos jóvenes israelitas ofrecer al Señor holocaustos y vacas, como sacrificio de comunión. Tomó la mitad de la sangre y la puso en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Después tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo, el cual respondió: -Haremos todo lo que manda el Señor y le obedeceremos. Tomó Moisés la sangre y roció al pueblo, diciendo: **-Esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos.**

Marcos 14,12-16. 22-26. El primer día de los ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: -¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua? El envió a dos discípulos, diciéndoles: -Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidlo, y en la casa en que entre decidle al dueño: «El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos? Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: **-Tomad, esto es mi cuerpo.** Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron. Y les dijo: **-Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos.** Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios. Después de cantar el salmo, salieron para el Monte de los Olivos.

❖ A. El pacto de alianza entre Dios y el Pueblo de Israel

Cf. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture*, Anno B, Piemme 1996, pp. 359-364

o La alianza es un pacto entre amigos, regulado por normas escritas, con una finalidad determinada

En la primera Lectura (Exodo 24, 3-8) se nos recuerda la Alianza entre Dios y el pueblo de Israel: Moisés refirió al pueblo las palabras y las normas indicadas por el Señor y todo el pueblo respondió: *«haremos todas las cosas que ha ordenado el Señor y seremos obedientes»* (Exodo 24, 7).

La alianza es un pacto entre amigos, regulado por normas escritas, con una finalidad determinada que se recoge en el escrito. En la Biblia se habla de dos Alianzas: la Antigua y la Nueva. A veces se habla de «Testamento» (en vez de la palabra «Alianza»). Se trata de la misma realidad, pero cuando se dice «testamento» se hace referencia al hecho de que la iniciativa de esa alianza concreta ha sido de Dios, la más grande entre las dos parte de la Alianza. También actualmente, el testamento es un acto de amistad, cuya iniciativa corresponde al más anciano, por ejemplo al padre.

o En aquellos tiempos las amistades solemnes se sancionaban con el sacrificio de un animal

En aquellos tiempos, una amistad solemne era sancionada con el sacrificio de un animal, con cuya sangre eran rociadas las dos personas o grupos de personas que contraían el pacto de amistad.

En este caso del Exodo 24, 3-8, encontramos todos los elementos de una alianza: dos contrayentes (Dios y el pueblo de Israel); el compromiso de los dos (la promesa del pueblo y la fidelidad de Dios que se da por descontada); el mediador (Moisés); el elemento sagrado que une a los dos contrayentes (la sangre).

o Cómo actuó Moisés

Dios quiso hacer una alianza con el pueblo de Israel, que se había formado de la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob. Pero el pueblo de Israel era esclavo de Egipto y Dios suscitó a Moisés que lo libró de la esclavitud y lo condujo al Tierra prometida, Palestina, atravesando el desierto del Sinaí. Cuando Israel llegó a las faldas del Monte Sinaí, Dios estipuló solemnemente con él una Alianza.

- **Construye un altar (símbolo de la presencia de Dios) y lo rocía con la mitad de la sangre de becerros sacrificados previamente**

En este caso, Moisés hizo construir un altar al pie del Monte Sinaí (el altar para los Hebreos era el símbolo de la presencia invisible de Dios), y roció el altar con la mitad de la sangre de los animales sacrificados previamente. Moisés había elegido «algunos jóvenes de los hijos de Israel, que ofrecieron holocausto e inmolaron víctimas pacíficas de becerros al Señor» (Ex 25, 5). La sangre para los hebreos es símbolo de la vida.

- **Lee al pueblo de Israel el contenido del pacto**

Después, Moisés tomó el libro de la Alianza y leyó los Diez Mandamientos y las otras leyes delante de todo el pueblo (los Diez Mandamientos y las otras leyes establecidas por Dios, eran el contenido del pacto); Terminada la lectura, Moisés preguntó al pueblo, en nombre de Dios porque Moisés era el mediador, si se comprometía a observar las reglas de la Alianza que había puesto el Señor. El pueblo de Israel respondió: «Haremos todas las cosas que ha ordenado el Señor y seremos obedientes» (Ex 24,7).

- **Cuando el pueblo ha respondido que acepta el pacto le rocía con la otra mitad de la sangre: a partir de ahora Dios y su pueblo están unidos en la misma sangre, en la misma vida.**

Entonces Moisés tomó la otra mitad de la sangre y roció con ella al pueblo, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza, que el Señor ha contraído con vosotros mediante todo lo tratado» (Ex 24,8).

Como hemos visto, Moisés roció antes con la mitad de la sangre el altar (símbolo de la presencia de Dios); por tanto, a partir de ahora Dios y su pueblo están unidos en la misma sangre, en la misma vida. Para diversas culturas la sangre ha sido símbolo de la vida.

❖ B. La Nueva Alianza

- **La víctima: Jesús al hablar del "cuerpo" se refería al hombre entero, y comprendieron que Él se les entregaba en ese pan.**

- Ya no hay sacrificios de animales, sino que es el mismo Jesús quien ofrece su vida: “Esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros” (Lucas 22,19; Cf. Mateo 26,29; Cf. Marcos 14,22). Los discípulos ya sabían que, según la Biblia, Jesús al hablar del "cuerpo" se refería al hombre entero, y comprendieron que Él se les entregaba en ese pan.

- **La sangre. Símbolo de la vida.**

- La sangre en la Nueva Alianza es la sangre de Jesús derramada en el Calvario: Mateo 26, 28: “Esta es mi sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados”; Cf. Marcos 14,22; Cf. Lucas 22,20).

- Cf. Eucaristía 1991, 26 - Ciclo B, La sangre de la Alianza: La sangre ha sido durante siglos el símbolo de la vida. Y hoy nuevamente vuelve este simbolismo en la necesidad e importancia de la sangre, de las transfusiones de sangre, para salvar vidas humanas. Para los judíos era mucho más que un símbolo, era la vida misma, el alma de la vida. Por eso tenían prohibido comer carne de animales sofocados; sólo comían carne de animales degollados. La sangre se reservaba aparte; una mitad se derramaba sobre el altar, para Dios, la otra mitad se utilizaba para rociar al pueblo. Así, con la sangre de los animales sacrificados, se renovaba la alianza entre Dios y su pueblo. La primera lectura nos ha recordado este hecho en la solemnidad del Sinaí. Todo el pueblo selló y aceptó el compromiso: haremos todo lo que manda el Señor.

- **El mediador**

No es Moisés, sino el mismo Jesús que es, a la vez, mediador y víctima. La Carta a los Hebreos, de la que leemos un párrafo hoy en la segunda Lectura, se puede decir que tiene como finalidad, precisamente, la de reconfirmar la fe en Jesucristo como único mediador ante Dios Padre y único sumo sacerdote.

Jesús es el nuevo Moisés, y más que Moisés o los profetas, pues es el mediador entre Dios y los hombres, Dios hecho hombre. Y por él hemos sido reconciliados con el Padre a través de su sacrificio en la cruz. Con su sangre nos ha rescatado, nos ha liberado, nos ha puesto en paz con Dios y hace posible la reconciliación y la paz entre los hombres.

- **¿Cuál es el momento de la Cena pascual del Señor con sus discípulos en el que se ofreció Él mismo como sacrificio?**

- El momento importante del rito pascual judío se daba con la bendición del pan nuevo ázimo, es decir sin

levadura, preparado para esa cena siguiendo los pasos de la celebración en la noche de la liberación de la esclavitud de Egipto (Exodo 12-13). El jefe de la familia decía: «Alabado seas, Señor, Dios nuestro, rey del mundo, que has hecho nacer el pan de la tierra»; y en este momento el jefe de la familia partía el pan ázimo y lo ofrecía a los comensales como señal de comunión y de bendición. Jesús siguió este ritual en la celebración con los discípulos, pero sorprendentemente dio un significado diverso e inédito. En el lenguaje semítico decir «éste es mi cuerpo» es lo mismo que decir «esto es yo mismo». Jesús dice estas palabras delante de los panes ázimos cuando ha llegado el momento de beber la tercera de las cuatro copas de vino que bebían durante la celebración.

Jesús también introdujo un cambio sustancial cuando dijo «ésta es mi sangre», que será derramada por muchos, delante de la tercera copa de vino de la celebración. En el lenguaje oriental indicaba que es la sangre de una persona que se sacrificaba para salvar a todos los hombres. La sangre es símbolo de la vida. Cristo daba cumplimiento a lo que decía el profeta Zacarías que había anunciado una liberación de la humanidad de la cárcel de su miseria y de su mal: «Y Tú mismo, mediante la sangre de tu testamento, has hecho salir a los tuyos, que se hallaban cautivos del lago en que no hay agua» (9,11).

2. En el Nuevo Testamento no hay necesidad de muchos sacrificios como sucedía en el Antiguo Testamento (se repitieron infinidad de veces en el desierto y después en Jerusalén). La Misa es el sacrificio del Calvario, y la Iglesia vive continuamente de ese único sacrificio.

o El sacrificio de la Nueva Alianza ha sido celebrado una vez para siempre en el Calvario

- El sacrificio de la Nueva Alianza ha sido celebrado una vez para siempre (como está escrito en la parte de la Carta a los Hebreos que se ha leído antes: Cristo *«presentándose no con sangre de machos de cabrío, ni de becerros, sino con la sangre propia, entró una sola vez para siempre en el santuario del cielo, habiendo obtenido una eterna redención del género humano»* (Hebreos 9,12).
- Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1330 La Misa se llama “Santo Sacrificio, porque actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia; o también santo sacrificio de la misa, «sacrificio de alabanza» (Hechos 13, 15), sacrificio espiritual, sacrificio puro y santo, puesto que completa y supera todos los sacrificios de la Antigua Alianza.

o La Misa es el sacrificio del Calvario que se hace presente en todos los tiempos de modo sacramental; la Iglesia vive continuamente del sacrificio de Cristo

▪ Juan Pablo II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 17 abril 2003, n. 9:

“La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia”.

▪ Juan Pablo II, Encíclica *«Ecclesia de Eucharistia»*, n. 3

“Vemos a Jesús que sale del Cenáculo, baja con los discípulos, atraviesa el arroyo Cedrón y llega al Huerto de los Olivos. En aquel huerto quedan aún hoy algunos árboles de olivo muy antiguos. Tal vez fueron testigos de lo que ocurrió a su sombra aquella tarde, cuando Cristo en oración experimentó una angustia mortal y « su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra » (Lc 22, 44). La sangre, que poco antes había entregado a la Iglesia como bebida de salvación en el Sacramento eucarístico, comenzó a ser derramada; su efusión se completaría después en el Gólgota, convirtiéndose en instrumento de nuestra redención: « Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros [...] penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna » (Hebreos 9, 11-12)”.

▪ Juan Pablo II, Encíclica *«Ecclesia de Eucharistia»*, nn. 11-12

El sacrificio de la Cruz se perpetúa por los siglos. La salvación no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...»

[11]. «El Señor Jesús, la noche en que fue entregado» (1 Co 11, 23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su

cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos (Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. Sacrosanctum Concilium, sobre la sagrada liturgia, 47). Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del « misterio de la fe » que hace el sacerdote: «Anunciamos tu muerte, Señor».

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1085).

Quando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención».

Quando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, sobre la Iglesia, 3). Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don (Cf. Pablo VI, El «credo» del Pueblo de Dios (30 junio 1968), 24). Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio.

12. «Este aspecto de caridad universal del Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir «Éste es mi cuerpo», «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre», sino que añadió «entregado por vosotros... derramada por vosotros» (Lc 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. «La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1382).

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado.

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1367).

Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: «Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá» (Homilías sobre la carta a los Hebreos, 17, 3).

La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica (Cf. Conc. Ecum. Tridentino, Ses. XXII, Doctrina de ss. Missae sacrificio, cap. 2). Lo que se repite es su celebración memorial, la « manifestación memorial » (Cf. Pío XII, Carta enc. Mediator Dei), por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede ser entendida, por tanto, como algo aparte, independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario”.

3. Nuestra participación en la Misa: aprender a ofrecernos a nosotros mismos.

o Plegaria Eucarística III: pedimos que el Señor nos transforme en “ofrenda permanente”.

En la Plegaria Eucarística III, después de la consagración pedimos que el Señor nos transforme en «ofrenda permanente». Se trata de seguir el mandato del Señor que dijo cuando instituyó la Eucaristía: “Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía” (Cf. Lucas 22,19).

Como Jesús se dio por nosotros, así nosotros hemos de darnos los unos por los otros. "La Iglesia desea que los fieles no sólo ofrezcan la hostia inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen con la mediación de Cristo, la unión con Dios y entre sí, de modo que sea Dios todo en todos" ("Instrucción General para el uso del Misal Romano", n. 55 s.: cfr. Misal Romano; Cf. Juan Pablo II, Carta sobre el misterio y el culto de la Eucaristía, 24/II/1980, n. 9).

Por la comunión del pan y del vino, que, después de la consagración, son el Cuerpo y la Sangre del Señor, nos unimos a Cristo y a su Iglesia y nos convertimos en hijos de Dios y consanguíneos suyos. La Eucaristía es como una transformación, como una transfusión de la sangre, de la vida, del espíritu de Cristo.

Participamos así en vida y en su misión ¹. Los primeros cristianos se tomaban muy en serio la participación en la celebración en la eucaristía, y, como consecuencia, vivían como hermanos. La celebración de la Eucaristía (la Misa) era para ellos el memorial imborrable del amor de Dios, y un estímulo irresistible de solidaridad con los demás. Se ha dicho que hoy día frecuentemente los cristianos reducimos la misa a un rito en el sentido de que nos perdemos de la misa la mitad dado que apenas trasciende de las puertas del templo a la calle, a nuestra vida diaria. Es como si nos contentásemos con “venir a misa”, en vez de participar en la Eucaristía para acrecentar nuestra unión con el Señor (comunión con Él) y también con los demás, en nuestras relaciones con el prójimo: familiares, laborales, de amistad, etc.

o El objetivo de la vida moral del cristiano: hacer de nuestra vida un don y «una ofrenda viva» cfr. Rom 12,1

[Raniero Cantalamessa, El canto del Espíritu, Meditaciones sobre el *Veni Creator*, PPC 1999]

- El Espíritu Santo (que prolonga en la historia el acto de donarse del Dios trino) “es el único que puede ayudarnos a hacer de nuestra vida un don y una «ofrenda viva». En esto se resume todo el objetivo de la vida moral del cristiano: ésta es, para Pablo, la única respuesta adecuada a la Pascua de Cristo: **«Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios»** (Rom 12,1). **“Transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios ...”** (Rom 12,2)

www.parroquiasantamonica.com

¹ Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica n. 787: Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (Cf Marcos 1, 16-20; 3, 13-19); les reveló el Misterio del Reino (Cf Mateo 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (Cf Lucas 10, 17-20) y en sus sufrimientos (Cf Lucas 22, 28-30) (...).